

Papá Noel también fue joven

El chico que salvó la NAVIDAD



MATT HAIG

Ilustraciones de CHRIS MOULD

Estás a punto de descubrir la auténtica historia de Papá Noel. Una historia en la que la magia es real y todo, incluso lo más insólito... es posible.

Nicolás era un chico que no tenía regalos en Navidad, y a pesar de que vivía muy humildemente, era feliz. Hasta que su padre decidió emprender un largo viaje para obtener una recompensa y salir de la pobreza... Empeñado en reunirse con su padre, Nicolás atraviesa bosques y montañas nevadas en un recorrido fascinante que le llevará a la tierra de los Elfos. Allí conocerá sorprendentes personajes y vivirá aventuras que desafiarán su imaginación, para comprender al fin cuál es la magia de la Navidad... y cómo salvarla.

A Lucas y Pearl

Imposible:

Una antigua palabrota élfica

Un niño normal y corriente

Estáis a punto de leer la verdadera historia de Papá Noel.
Sí. Papá Noel.

Puede que os preguntéis cómo es que conozco la verdadera historia de Papá Noel; a lo que os contestaré que, en realidad, no deberíais preguntaros tal cosa. Por lo menos, no por ahora, al comienzo del libro. Para empezar, no es de muy buena educación. Lo único que debéis hacer es asumir que es cierto, que conozco la historia de Papá Noel; de lo contrario, ¿por qué habría yo de escribir sobre ella?

Tal vez vosotros no lo llamáis Papá Noel.

Puede que lo llaméis de otra manera.

Por ejemplo, Santa Claus, o Santa, o San Nicolás, o Viejito Pascuero, o Colacho, o Pare Noel, o Pai Nadal, o incluso, quizá, «El estrafalario barrigudo que habla con los renos y me hace regalos». Puede que, a lo mejor, solo en broma, le hayáis puesto un mote inventado por vosotros mismos. No obstante, si fuerais un elfo, lo llamaríais siempre Papá Noel. Fueron los duendes (que, como veremos, son muy distintos de los elfos), los que empezaron a llamarlo Santa Claus, y este nombre se propagó: así son los duendes, unos pillos a los que les encanta liar las cosas.

Pero sea cual sea el nombre por el que lo conozcáis, sabéis a quién me refiero, y eso es lo que importa.

¿Me creeríais, no obstante, si os dijera que hubo un tiempo en que nadie lo conocía? ¿Un tiempo en que era

tan solo un niño normal y corriente? Un niño llamado Nikolas, que vivía en medio de la nada (o, para ser más exactos, en medio de Finlandia) y que, aunque creía en la magia, no tenía ningún poder. Un niño que apenas sabía cosa alguna sobre el mundo a su alrededor, más allá de las historias que le contaban sus padres, el sabor de la sopa de champiñones y el frío de los vientos del norte. Y que para jugar solo tenía un muñeco hecho con un boniato.

Sin embargo, la vida estaba a punto de cambiar para Nikolas de una forma que él jamás habría podido imaginar. Muchas cosas iban a empezar a pasarle.

Cosas buenas.

Cosas malas.

Cosas imposibles.

Aunque, bueno, si sois una de esas personas que creen que ciertas cosas son imposibles, lo mejor será que dejéis este libro ahora mismo. Está claro que no es para vosotros.

Porque este libro está lleno de cosas imposibles.

*¿Aún seguís leyendo?
Bien. (Los elfos se sentirían orgullosos de vosotros).*

Empecemos pues...

El hijo del leñador

Pues bien: Nikolas era un niño feliz. Bueno, en realidad, no.

Si hubierais tenido la ocasión de preguntarle por aquel entonces, él os habría dicho que sí que lo era, y lo cierto es que, de hecho, intentaba serlo. Sin embargo, la felicidad es algo a veces bastante engañoso. Supongo que lo que quiero decir es que Nikolas era un niño que creía en la felicidad, igual que creía en duendes, elfos y troles. Aunque, del mismo modo que nunca había visto un solo duende, elfo o trol en su vida, tampoco se podía decir que hubiera conocido la felicidad propiamente dicha. O, si alguna vez la había llegado a conocer, hacía mucho tiempo que no la experimentaba. Ciertamente, no se lo habían puesto fácil. Fijémonos, por ejemplo, en lo que pasaba al llegar las Navidades.

Esta es la lista completa de regalos que Nikolas había recibido por Navidad en toda su vida:

1. Un trineo de madera.
2. Un muñeco hecho con un boniato.

Ya está. Eso era todo.

La verdad es que, a sus once años de edad, Nikolas llevaba una vida dura; a pesar de que él intentara disfrutarla lo máximo posible.

No tenía hermanos ni hermanas con los que jugar, y el pueblo más cercano, Kristiinankaupunki, estaba a un buen

trecho de distancia. Se tardaba en llegar a él aún más incluso de lo que se tarda en pronunciar su nombre. Además, por otro lado, tampoco es que hubiera demasiado que hacer en Kristiinankaupunki, excepto ir a la iglesia o mirar el escaparate de la tienda de juguetes.

—¡Papá! ¡Mira! ¡Un reno de madera! —solía exclamar con excitación Nikolas apretando la nariz contra el cristal.

O bien:

—¡Mira! ¡Un elfo de juguete!

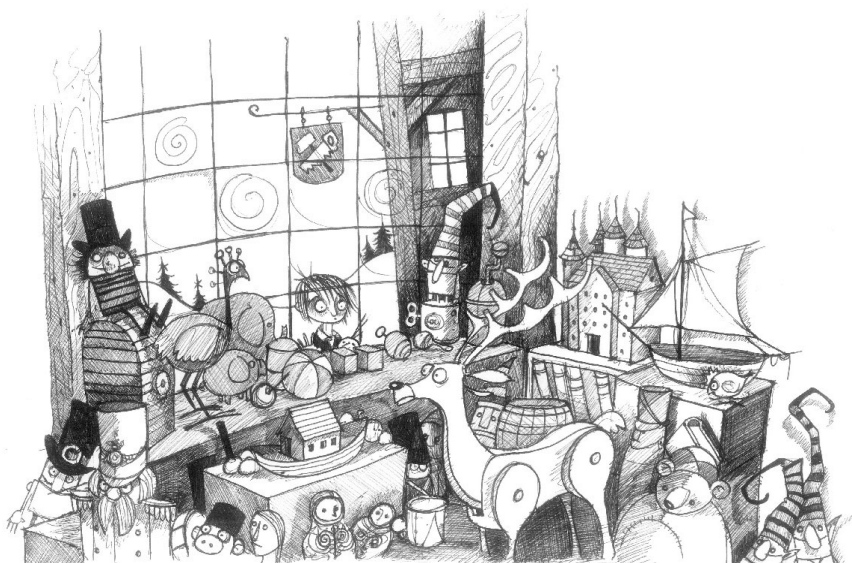
O tal vez:

—¡Mira! ¡Un peluche del rey!

Una vez incluso llegó a preguntar:

—¿Me puedes comprar uno de esos muñecos?

Levantó la mirada hacia el rostro de su padre. Un rostro alargado, con anchas y profundas cejas y la piel más acartonada que unos zapatos viejos bajo la lluvia.



—¿Sabes cuánto valen? —preguntó a su vez su padre, que se llamaba Joel.

—No —respondió Nikolas.

Entonces, su padre levantó la mano izquierda y estiró los dedos hacia arriba. Solo tenía cuatro dedos y medio en dicha mano debido a un accidente que había sufrido con un hacha. Un accidente horrible que hizo correr la sangre a raudales. Pero lo mejor será que no nos detengamos demasiado en el tema; a fin de cuentas, esta es una historia navideña.

—¿Cuatro rublos y medio?

Su padre frunció el ceño con gesto contrariado.

—No. No. Cinco. Cinco rublos. Cinco rublos por un elfo de juguete es demasiado. Podríamos comprarnos una cabaña por ese dinero.

—Yo pensaba que las cabañas valían más de cien rublos, ¿no, papá?

—No pienses tanto, Nikolas.

—Creía que habías dicho que debía pensar por mí mismo.

—Esta vez no —repuso Joel—. Además, ¿para qué necesitas un elfo de juguete si ya tienes el muñeco que te hizo tu madre? ¿No puedes hacer como que es un elfo?

—Sí, papá, por supuesto —contestó Nikolas, al que no le gustaba hacer enfadar a su padre.

—No te preocupes, hijo. Trabajaré tan duro que algún día seré rico y podrás tener todos los juguetes que quieras, y nos compraremos un caballo de verdad, y tendremos nuestro propio carromato, y entraremos en el pueblo subidos en él, ¡como un rey y su príncipe!

—No trabajes demasiado duro, papá —dijo Nikolas—. Tienes que tener tiempo para jugar también conmigo de vez en cuando. Además, yo soy feliz con mi Boniatillo.

No obstante los ruegos de su hijo, Joel trabajaba duro. Talaba madera todos los días, durante toda la jornada. Comenzaba a trabajar tan pronto como amanecía y no paraba hasta que se hacía de noche.

—El problema es que vivimos en Finlandia —le explicó su padre el mismo día en que comienza nuestra historia.

—¿No vive todo el mundo en Finlandia? —preguntó Nikolas.

Era temprano. Habían salido en dirección al bosque, pasando junto al viejo pozo de piedra al que nunca se atrevían a dirigir la mirada. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve. Joel llevaba el hacha a la espalda, y la hoja centelleaba bajo los rayos de sol de aquella fría mañana.

—No —respondió Joel—. Hay gente que vive en Suecia. Y hay unas siete personas que viven en Noruega. Puede que ocho, incluso. El mundo es un lugar muy grande.

—Entonces, ¿cuál es el problema de vivir en Finlandia, papá?

—Los árboles.

—¿Los árboles? Creía que te gustaban los árboles, y que por eso los talabas.

—Es que hay árboles por todas partes. De modo que nadie paga mucho por...

De repente, Joel dejó de hablar y se dio la vuelta.

—¿Qué pasa, papá?

—Me parece haber oído algo.

Sin embargo, no vieron nada de particular, salvo abedules, pinos, arbustos y matorrales. Un pajarillo de color rojo se posó sobre una rama.



–Seguro que no ha sido nada –continuó su padre, poco convencido.

Joel levantó la vista hasta la copa de un pino gigante y, apoyando una mano contra la rugosa corteza del árbol, dijo:

–Este es.

Acto seguido, comenzó a talar, y Nikolas, por su lado, se puso a buscar setas y bayas silvestres.

Tan solo había recogido un champiñón cuando, de repente, vislumbró un animal en la distancia. A Nikolas le encantaban los animales; aunque, por norma general, los únicos que veía eran pájaros, ratones y conejos, y de vez en cuando, si acaso, un alce.

Sin embargo, este era bastante más grande y más fuerte.

Un oso. Un oso pardo gigante, como tres veces el tamaño de Nikolas. Allí estaba, de pie, erguido sobre sus patas traseras, metiéndose en la boca puñados de moras y otras bayas con sus enormes zarpas. Según se iba acercando para verlo mejor, el corazón de Nikolas comenzó a latir a toda velocidad, como con un redoble de tambor.

Caminó despacio en dirección al animal hasta quedar bastante cerca de él.

«¡Yo conozco a ese oso!», se dijo Nikolas.

En el mismo y terrorífico instante en que se dio cuenta de que conocía a aquel animal, el chico pisó una ramita, que se rompió con un sonoro chasquido. El oso se volvió y se quedó mirándolo directamente a los ojos.

De repente, Nikolas sintió que algo lo agarraba del brazo con fuerza. Se dio la vuelta y vio a su padre, que lo miraba con severidad.

–¿Qué estás haciendo? –bufó–. Te va a matar.

Su padre lo tenía sujeto con tanta fuerza que le hacía daño. Luego, lo fue soltando poco a poco.

–Has de ser uno con el bosque –le susurró Joel.

Esta era una frase que siempre pronunciaba cuando acechaba algún peligro. Nikolas nunca sabía qué quería decir. Permaneció inmóvil sin hacer un solo ruido, petrificado. Aunque ya era demasiado tarde.

Nikolas recordó cuando tenía seis años y estaba con su madre: su alegre y cantarina madre de mejillas sonrosadas. Habían salido a coger un poco de agua del pozo cuando, de repente, vieron exactamente al mismo oso que, en ese momento, él y su padre tenían delante. Su madre le ordenó aquel día que saliera corriendo en dirección a la cabaña, cosa que Nikolas hizo de inmediato. Ella, en cambio, se quedó allí.

Nikolas observó cómo su padre agarraba el hacha con más firmeza, aunque también se percató de que le temblaban las manos. Apartó a Nikolas y lo colocó a su espalda, por si acaso al oso se le ocurría cargar contra ellos.

–Corre –dijo entonces su padre.

–No. Yo me quedo contigo.



No estaba muy claro si el oso iba a ponerse a perseguirlos. Es posible que no. Probablemente fuera demasia-

do viejo ya para semejantes esfuerzos. Pero lo que sí hizo fue rugirles bien fuerte.

Entonces, justo en ese preciso momento, Nikolas sintió un objeto silbante que pasaba junto a su oído a toda velocidad. Un instante después, una flecha con plumas grises en el extremo del astil se clavó en un árbol, justo al lado de la cabeza del oso. El animal se puso a cuatro patas y salió huyendo colina abajo.

Nikolas y Joel volvieron la mirada para ver quién había disparado la flecha, pero no vieron más que pinos.

—Debe de haber sido el cazador —dijo Joel.

Una semana antes, habían encontrado un alce herido por el mismo tipo de flecha, con plumas de color gris en el astil. Nikolas había convencido a su padre para que ayudara a aquella pobre criatura, y lo había observado con atención mientras este cogía algo de nieve y cubría con ella la herida del animal antes de extraer la flecha.

Los dos siguieron escudriñando entre los árboles. Oyeron el crujido de unas ramas al romperse, pero no vieron nada.

—Muy bien, Noel, vámonos —decidió Joel.

Hacía muchísimo tiempo que no lo llamaba de aquella manera.

En los viejos tiempos, su padre solía divertirse poniendo motes graciosos a todo el mundo. A la madre de Nikolas la llamaba Mollejita, a pesar de que su nombre real era Lilja. A su vez, llamaba Noel, que significa Navidad, a Nicolás, ya que había nacido ese día. E incluso grabó ese nombre en el respaldo de su trineo.

—Míralo, Mollejita: nuestro regalo de Navidad, nuestro pequeñín Noel.

Ya casi nunca lo llamaba de ese modo.

—No se te ocurra volver a ponerte a espiar a ningún oso, ¿de acuerdo? Acabarás despedazado. Tú quédate cerca de mí. Está claro que aún no eres más que un niño.